

en la religión y en la ciencia, y con todos los cambios y mejoras que hacían necesarios los trastornos que tantas ruinas habían amontonado, y de que era preciso salir.

en la religión y en la ciencia, y con todos los cambios y mejoras que hacían necesarios los trastornos que tantas ruinas habían amontonado, y de que era preciso salir.

Qué forma dar a sus proyectos en embrión? Qué regla seguir, a qué norma sujetar a las nuevas educadoras de la juventud femenil? La regla de San Ignacio, le decía su corazón; la regla de San Ignacio, le repetían los sacerdotes que dirigían su conciencia y sus pasos. Pero quién conocía esta regla, quién podía adaptarla a una congregación de mujeres, quién era capaz de interpretarla?

La Compañía de Jesús hacía casi 30 años que había sido suprimida; pocos quedaban de sus antiguos miembros, y éstos dispersos y sin cohesión; unos cuantos se habían constituido en sociedad poco menos que secreta; acababan de surgir nuevos aspirantes, que formaban congregaciones más o menos Ignacianas, pero que caminaban al acaso, desalentados y ciegos. Varios de éstos fueron a rodar a Magdalena Sofía y empezaron a agitarla en diversas y opuestas direcciones. Unos se llamaban Padres de la Fe, otros del Sagrado Corazón, otros fundaban las Predilectas de Jesús. Todos querían que los siguiera la joven Barat, todos pretendían dirigirla mejor que ninguno, y se miraban unos y otros con desconfianza.

No era esta situación anormal, exclusiva de ese pequeño grupo. Al principio de la Revolución se promulgó la constitución civil del clero, y se llamó a jurarla a Obispos, sacerdotes y clérigos inferiores. Sólo cuatro Obispos tuvieron la debilidad de prestar el sacrilego juramento; pero de ese número fué el Ordinario de Magdalena Sofía Barat. Pocos clérigos en comparación, se rindieron; pero uno de los juramentados fué su hermano Luis Barat, aunque después se retractó y padeció por la fe. Más tarde, Pío VII, dando al Episcopado de Francia un golpe parecido al que Clemente XIV había dado a la Sociedad de Jesús, exigió, en bien de la Iglesia, la renuncia de muchos obispos fieles a la Religión y al trono. La mayor parte cedió, unos cuantos se resistieron a obedecer, y formaron sus adeptos la comunidad cismática conocida por la "Petite Eglise". Pasaron algunos años, y al sobrevenir el conflicto entre Napoleón y Pío VII, unos permanecieron fieles al Pontífice, otros se adhirieron al Emperador, y de aquí resultaron Cardenales negros y Cardenales rojos, católicos fieles y católicos imperialistas, y los cismas y las divisiones crecieron hasta lo infinito.

Los juramentados, aunque penitentes, se miraban de reojo por los que nunca habían prevaricado; los cismáticos de la "Petite Eglise", odiaban a los obedientes al Papa; los imperialistas a los que podemos llamar "Pontificios". Entre estas opuestas corrientes se encontraba Magdalena Sofía, y nadie extrañará que sabiendo la de familia y diócesis de juramentados, se preguntaran muchos como en otro tiempo los judíos: puede algo bueno salir de Nazaret? Esta desconfianza contagió aun a algunas de sus primeras compañeras, y mejor que yo conocéis la historia de la Madre Peñaranda, de la Madre Baudemont y de las que formaron más tarde las casas de Bélgica.

en la religión y en la ciencia, y con todos los cambios y mejoras que hacían necesarios los tiempos que tantas ruinas habían montado, y de que era preciso salir.

Qué forma dar a sus proyectos en América? Qué reglas seguir, a qué normas sujetar a las nuevas educadoras de la juventud femenil? La regla de San Ignacio, la regla de las carmelitas, la regla de San Iñacio, la regla de las carmelitas, la regla de San Iñacio... Pero quién conocía estas reglas, quién podía adaptarlas a una congregación de mujeres, quién era capaz de interpretarlas?

La Compañía de Jesús había sido fundada en 1540 por San Ignacio de Loyola. Poco quedaban de sus antiguos miembros, y éstos dispersos y sin cohesión; uno a uno se habían ido retirando a sus casas o a otros conventos, y habían comenzado a surgir nuevos aspirantes, que formaban congregaciones más o menos ligadas a las antiguas, pero que eran ya independientes. Varias de éstas fueron a parar a Magdalena de Bolívar y empezaron a agitarse en diversas y opuestas direcciones. Uno se llamaban Padres de la Fe, otros del Sagrado Corazón, otros fundaban las Prebendadas de Jesús. Todos querían que los dirigiera la joven Barat, todos pretendían dirigirla mejor que ninguno, y se miraban unos y otros con desconfianza.

No era esta situación normal, exclusiva de ese pequeño grupo. Al principio de la Revolución se promovió la constitución civil del clero, y se llamó a jurar a Obispos, sacerdotes y curas. Sólo cuatro Obispos tuvieron la debilidad de prestar el sacrilego juramento; pero de ese número fue el Obispo de Magdalena Sofía Barat. Poco Obispos en comparación, se podría decir; pero uno de los juramentados fue su hermano Luis Barat, que después se retractó y padeció por la fe. Más tarde, Pio VII, cuando el Episcopado de Francia un golpe parecido al que él mismo había dado a la sociedad de Jesús, exigió, en vista de la alta, la renuncia de muchos Obispos fieles a la Religión y al trono. La mayor parte cedió, uno a uno se retiraron a obedecer, y formaron sus adeptos la comunidad claustral conocida por la "Petite Église", pasaron algunos años, y al sobrevenir el conflicto entre Napoleón y Pio VII, unos permanecieron fieles al Pontífice, otros se abhirieron al Emperador, y de aquí resultaron Gardas nales negros y Cardenales rojos, católicos fieles y católicos imperialistas, y los clamores y las divisiones crecieron hasta lo infinito.

Los juramentados, aunque penitentes, se miraban de reojo por los que nunca habían prevenido; los claustrales de la "Petite Église", obedientes al Papa; los imperiales, que habían jurado los que podíamos llamar "Pontíficos". Entre estas opuestas corrientes se encontraba Magdalena de Bolívar, y nadie extrañaría que así como la familia y diócesis de juramentados, se preguntaran muchos como en otro tiempo los judíos: puede algo bueno salir de Nazaret? Esta desconfianza contagió a algunas de sus primeras compañeras, y mejor que yo conocía la historia de la Madre Petrande de la Madre Bandmont y de las que formaron más tarde las casas de Bélgica.

Al tratarse de redactar la regla que había de regir a la nascente sociedad, se hallaban frente a frente con pretensiones de ser los fundadores, y luchando por arrancarse mutuamente la palma, el Abate St. Estève, clérigo docto, siempre fiel, confesor esforzado de la Fe, y más tarde diplomático, y J. Varin, de la Congregación de Padres de la Fe, antiguo soldado, más tarde jesuita, a quien sostenía Luis Barat.

A los que con ánimo sereno y después de muchos años, repasamos las discusiones entre estos Apostólicos sacerdotes, no puede menos que asomarnos una sonrisa a los labios, al ver los puntos tan triviales que los agitaban, cuando hubieran debido fijarse tan sólo en los capítulos de vital interés. Quería St. Estève que el fin principal de la Sociedad fuese la educación por medio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Deseaba Varin que lo primero fuese el culto al Sagrado Corazón, y como cosa secundaria se hablase de la educación. El nombre que agradaba a St. Estève era el de "Apóstoles" o "Apostolinas"; Varin prefería el de Señoras o Damas, o simplemente Sociedad del Sagrado Corazón. Muchas otras diferencias había parecidas a las anteriores, que a los profanos se nos figura que podrían haberse conciliado sin dificultad, pero que enardecían a aquellos santos rivales. Prevalecieron Varin y sus compañeros, y haciendo perder el equilibrio a St. Estève, acabaron por echarlo a pique. No habrá dejado éste de sonreirse en su tumba, al saber que un hermano de sus triunfantes rivales estableció el "Apostolado" de la oración, y que el nombre de "Apóstoles", que en él pareció tan mal sonante, se ha seguido prodigando a no pocas instituciones.

Pero lo que a nosotros nos parece una tempestad en un vaso de agua, para la Madre Barat era una verdadera tormenta, tanto más grave cuanto que ya se habían formado no pocas casas, y en todas se agitaban los ánimos. Pero la humilde Fundadora, como la nave de los Proverbios, continuó su curso sin conmoverse ni vacilar en medio de tan encontradas corrientes, evitando los escollos y dejándose llevar por el soplo del Divino Espíritu, obediente tan sólo al timón del sucesor de Pedro. Oh santa obediencia! Quien te cultiva, cantará siempre victoria, dice la Escritura, "vir obediens loquetur victorias". La Sede Apostólica aprobó las constituciones tales como a la Madre Barat convenían; quedó fundada y organizada la Sociedad del Sagrado Corazón, y salió la nave a altamar, majestuosa, ligera, veloz, y aparejada para llevar a todas las partes del mundo, el pan de la ciencia, de la piedad, del culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Al tratarse de redactar la regla que había de regir a la nueva teología, se hallaban frente a frente con profusiones de serios fundadores, y luchando por articularse mutuamente la palma, el Abate St. Estève, el Sr. Estève, siempre fiel, confesor esforzado de la Fe, y más tarde diplomático, y J. Varin, de la Congregación de Padres de la Fe, antiguo soldado, más tarde jesuita, a quien -

A los que con ánimo sereno y después de muchos años, repasamos las discusiones entre estos Apóstólicos sacerdotes, no puede menos que asomarnos una sonrisa a los labios, al ver los puntos tan triviales que los agitaran, cuando hubieran debido fijarse tan sólo en los capitulos de vital interés. Quería St. Estève que el fin principal de la Sociedad fuese la educación por medio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Deseara Varin que lo primero fuese el cultivo al Sagrado Corazón, y como cosa secundaria se hablase de la educación. El nombre que se daba a St. Estève era el de "Apóstoles" o "Apóstolinas"; Varin prefería el de Señoras o Damas, o simplemente Sociedad del Sagrado Corazón. Muchas otras diferencias había parecidas a las anteriores, que a los profanos se nos figura que podrían haberse conciliado sin dificultad, pero que enardecían a aquellos santos rivales. Prevalecieron Varin y sus compañeros, y haciendo perder el equilibrio a St. Estève, se dieron por echado a pique. No habrá dejado éste de sentirse en su tumba, al saber que un hermano de sus trinitarios rivales está predicando el "Apóstolado" de la oración, y que el nombre de "Apóstoles", que en él parecía tan mal sonante, se ha seguido prodigando a no pocas instituciones.

Pero lo que a nosotros nos parece una tempestad en un vaso de agua, para la Madre Barat era una verdadera tormenta, tanto más grave cuanto que ya se habían formado no pocas casas, y en todas se agitaban los ánimos. Pero la humilde fundadora, como la nave de los proverbios, continuó su curso sin conmoverse ni vacilar en medio de tan encontradas corrientes, evitando los escollos y desviándose llevar por el soplo del Divino Espíritu, obediente tan sólo al timón del sucesor de Pedro. Oh santa obediencia! Quien te cultiva, cantará siempre victoria, dice la Escritura, "vir obedientia fovetur victoria". La Sede Apóstolica aprobó las constituciones tales como a la Madre Barat convenían; quedó fundada y organizada la Sociedad del Sagrado Corazón, y salió la nave a alta mar, majestuosa, ligera, veloz, y aparejada para llevar a todas las partes del mundo, el pan de la ciencia, de la piedad, del cultivo al Sagrado Corazón de Jesús.

I I
... Esta es la historia de un alma que vivió en la tierra, pero que se elevó a la gloria y confusión, y será el mayor orgullo que tan difícil es encontrar: "Mulleres fortes quis inveniat?"

A raíz de la muerte de la Madre Barat, cuando las dignatarias de la Sociedad partieron para la elección de su sucesora, conversaba yo en Roma sobre los acontecimientos con un venerabilísimo Padre de la Compañía de Jesús, asistente del General, con quien me ligaba íntima y respetuosa amistad. "Madre General", me decía entre chanzas y veras, "Madre asistente", "Capítulo General", todo eso será muy bueno; pero Santa Teresa, gran santa y gran doctora como era, no pasó nunca de priora de su convento".

Estas palabras quedaron grabadas en mi memoria, y hoy más que nunca las he venido repitiendo a mis solas. Con perdón de tan venerable Padre, hoy día no bastan en las órdenes dedicadas a la enseñanza, prioras de conventos independientes, y comunidades -- que sólo renueva la muerte. Los mejores establecimientos en que esta inamovilidad se observa, se han quedado atrás aun en las grandes ciudades; y en las poblaciones pequeñas, como una experiencia reciente me ha enseñado a las claras, es poco menos que imposible que puedan subsistir. Algo me recuerda este incidente el encuentro de Magdalena Sofía con Filipina Duchesne a las puertas de la Puerta de San Sebastián.

Dadas las diferencias esenciales de los tiempos, fines y condiciones, no cabe paridad entre las fundaciones de la Santa española y las de la Religiosa francesa. Y sin embargo, hay muchos puntos de contacto entre ambas siervas de Dios, y un paralelo -- circunstanciado entre las fundaciones de la una y de la otra, sería sumamente curioso y edificante. No siendo ésta la oportunidad de pintar ambos cuadros con todos sus colores, voy al menos a delinear sus principales rasgos.

"A lo que ahora me acuerdo (escribe Santa Teresa en el libro de las Fundaciones) nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque en los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacían...."

No esperemos encontrar esta gracia inimitable ni en las cartas del Padre Varin, ni en el diario de la Madre Barat y sus compañeras; pero sí hallaremos la misma resignación, el mismo valor cristiano, la misma obediencia, la misma abnegación. No se trataba, en general, de los viajes en carreta, con toldos y cortinas -- siempre caídas que hacía Santa Teresa, ni de posadas como aquella en que en un reducido cuarto, bañado por el sol, cayó enferma de fiebre, que le hizo meditar a lo vivo en las cárceles del Infierno. Pero sí había que pensar en centenares de leguas a través de la Francia y de la Italia, en carruajes públicos, con compañeros que se complacían en molestar a las religiosas y en medio de las nieves de los Alpes y de los rigores del invierno.

"El alma que ha de ganar a otras almas o que ha de formarlas, no puede ser estrecha ni pequeña, sino grande y espaciosa....."

A raíz de la muerte de la Madre Barat, cuando las dignitarias de la Sociedad partieron para la elección de su sucesora, conve-

Estas palabras quedaron grabadas en mi memoria, y hoy más que nunca las he venido repitiendo a mis solas. Con perdón de tan va-

Dadas las diferencias esenciales de los tiempos, líneas y con-

A lo que ahora me acuerdo (escribe Santa Teresa en el libro de las fundaciones) nunca dejó fundación por miedo del trabajo,

No esperamos encontrar esta escuela imitable ni en las car-

El alma que ha de ganar a otras almas o que ha de formarse no puede ser estrecha ni pedregosa, sino grande y espaciosa.....

Anímete esa fe viva que penetra hasta el cielo.... Esta te llenará de valor y confianza, y serás la mujer fuerte que tan difícil es encontrar: "Mulierem fortem quis inveniet?"

Tales eran las exhortaciones que el buen Padre le dirigía en su viaje a Grenoble. Más enérgicas convenía que hubieran sido -- cuando atravesó la Francia desde Lyon hasta Poitiers. Entonces -- sí no halló siempre las comodidades del siglo XIX, y tuvo que -- hacer varias jornadas a paso lento, sobre un carro sin muelles, -- sentada en un montón de hierba seca, y sin siquiera el toldo que guarecía a Santa Teresa.

La docta pluma de moderno escritor nos ha hecho familiar en -- estos días la romántica historia de la frustrada fundación de -- Pastrana, con los caprichos y curiosidad femenil de la famosa -- Princesa de Eboli, y la incesante vigilancia sobre sí misma a -- que ésta obligaba a Santa Teresa. Lo que no nos dice el elegante escritor, pero sí la Santa misma, es su encuentro con Fray Juan -- de la Miseria, F. Mariano de S. Benito y otros varios ermitaños, -- de diversos lugares e índole, que juntó la reformadora e hizo su jetarse a la regla del Carmelo. Algo me recuerda este incidente -- el encuentro de Magdalena Sofía con Filipina Duchesne a las puer -- tas de Grenoble, y la entrada de ésta y otras varias antiguas -- monjas en diversas órdenes, en el instituto del S. Corazón.

Llegó el año de 1839; el número de casas del S. Corazón pasaba ya de cuarenta, y se juzgó necesario dar una nueva organización a la Sociedad. Reuniéronse las Madres principales en congregación general; esa sexta congregación general, de infausta memoria, que estuvo a punto de borrar la Sociedad del S. Corazón de la superficie de la tierra. De ella nacieron ciertos decretos, que alborotaron a la Sociedad, a la Iglesia y al Gobierno de Francia. Se decretó la división en provincias: hasta aquí nada -- había de malo. Se tomaron varias medidas, que no es este el momento de recordar, y que al mundo exterior no llamaron la atención. Pero he aquí que la secretaría general, por sí y ante sí, -- cambia en el prólogo de las Constituciones esta frase trascendental: "el fin principal de la Sociedad es GLORIFICAR AL SAGRADO -- CORAZON DE JESUS." Esta había sido la manzana de la discordia entre St. Estéve y el Padre Varin, y ahora una plumada iba a arrebatarse a este último el fruto de sus victorias, y a la Sociedad ha -- ta su nombre. No lo sufrió el antiguo Padre de la Fe, ahora jesuita, vivo todavía e influyente.

Más recias tempestades suscitó la idea de trasladar la residencia de la Madre General de París a Roma. Protestó el episcopo do Francés; el Gobierno declaró que si no volvía el Instituto a su primitiva regla, suprimiría la congregación en Francia y le -- quitaría sus casas y bienes. Fué preciso ceder; pero después de cuatro años de desavenencias y luchas, en que la Madre Barat se -- encontraba, según ella misma escribió, como el carro del Profeta Ezequiel, tirado en cuatro opuestas direcciones. Afortunadamente